



The Evangelical Lutheran Church in Jordan and the Holy Land (ELCJHL)

PO Box 14076, Muristan Road • Jerusalem, Israel 91140 • +972-2-626-6800

Luego de la visita de las mujeres a la tumba, resucitó la esperanza

Mensaje de resurrección: Abril de 2009

Obispo Dr. Munib A. Younan
myounan@elcjl.org

Muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, recién salido el sol (Mr 16.2).

En un mundo de grandes disparidades, están sucediendo cosas inusuales: ¡Ricos y pobres están en desesperanza! Los eventos del día son: Crisis económica mundial, cambios climáticos globales, bombardeos en Gaza, inestabilidad en Paquistán, fuegos en los bosques de Australia, terremotos en Italia, balaceras en los Estados Unidos, aumento en los niveles de pobreza. Todos estos eventos han unido a la humanidad en un sentido de desesperanza similar al que sintieron María, María Magdalena y Salomé. Ellas se acercaron a la tumba ese día con el sentido de haber perdido la razón de su esperanza.

Para estas tres mujeres, la entrada triunfal de Cristo el Domingo de Ramos, se había convertido en un doloroso Viernes Santo. Las multitudes que adoraban en menos de una semana se habían esparcido y solo un pequeño grupo de mujeres, cuyo amor por Jesús no disminuyó con su muerte, quedaron para ofrecer un gesto final de respeto a su líder caído y enterrar de esta forma sus esperanzas.

A mi oficina en Jerusalén llegan con regularidad personas que traen noticias de desesperanzas. Algunos miembros de nuestra Iglesias se acercan para preguntarme: ¿Estamos perdiendo el derecho de vivir en Jerusalén? ¿Qué hará la iglesia al ver que la población cristiana en Jerusalén va en continuo decrecimiento? Al transitar las calles de la ciudad, los comerciantes me indican: ¿Escuchó usted que hay 88 vivienda en la comunidad de Silwan que están identificadas para ser demolidas? ¿Escucho que los asentamientos están aumentando? ¿Qué dicen las iglesias del mundo en torno a todo esto? Algunos preguntan: ¿Habrá alguna vez paz con justicia y desarrollo económico en la ciudad? ¿Nos dará Israel alguna vez tierras para que todos podamos vivir en paz? Otros comentan: Israel ya tiene su propio estado, ¿por qué viven todavía con miedos? ¿Será esa la razón por la cual seleccionan políticos que respondan a sus miedos con más opresión hacia los palestinos? Uno de mis amigos judíos me dijo: Si, yo entiendo los temores en Gaza. Pero, ¿puede usted entender el temor de muchos ciudadanos israelíes en el sur que le temen a los cohetes que provienen de Gaza? Mientras observaba los bombardeos en Gaza a comienzos de este año, mi corazón estaba profundamente compungido. ¿Será que las tres religiones monoteístas no reconocen la sacralidad de la vida? ¿Será que la santidad de la vida es para un solo pueblo y no para los que pueden ser llamados enemigos políticos?

Todas estas preguntas y otras más son las que permiten unirme a las mujeres en el camino a la tumba de Jesús. Ciertamente, las circunstancias actuales nos pueden tentar a ser como las mujeres, que se preparaban a enterrar las últimas de sus esperanzas en la tumba. Como las mujeres que se movían al cuerpo inerte del maestro, nosotros nos movemos hacia lo que alimenta nuestras desesperanzas.

Ungimos nuestras sospechas de las otras personas al proclamar que nuestra tradición religiosa es «la verdadera» y las de ellos «falsas». Alimentamos nuestros temores al construir murallas de separación de más de treinta pies (u ocho metros) de altura. Nutrimos nuestros resentimientos al hablar falsedades de nuestros vecinos. Armamos nuestros odios al construir armamentos más poderosos y destructivos. Escalamos la violencia al buscar venganza.

Cuando visité Gaza el mes pasado, sentí que me unía a las mujeres en sus desesperanzas cuando iban a la tumba. Estaba sorprendido y abrumado por lo que veía. La devastación me hacía recordar los resultados de un terremoto. Mientras caminaba las calles y visitaba los hospitales y las clínicas, me llamó la atención que no veía a los niños reír. Y regresé a mi oficina en Jerusalén, que está ubicada muy cerca del Santo Sepulcro, el lugar original de la tumba, sintiendo lo que las mujeres debían haber sentido, aceptando la realidad de que Jesús había muerto. La esperanza había muerto. La fe había muerto. El amor había muerto.

Es en momentos como estos, cuando las situaciones de la vida se ponen malas que la iglesia debe estar en su mejor forma. Debe seguir a su maestro a la cruz. Pero la cruz no es el final de la historia. Debe orar y actuar de forma profética para reclamar una nueva realidad. En palabras del gran líder de los derechos civiles estadounidense, Martin Luther King, hijo, los eventos de la Semana Santa hablan a esta necesidad. Y escribía King: «Hay algo en el centro mismo de nuestra fe que nos recuerda que el Viernes Santo puede ocupar el trono por solo un día, pues debe ceder el paso posteriormente a los toques y tambores triunfantes de la resurrección». Mientras los eventos mundiales proclaman la desesperanza, el mensaje de la resurrección «que el universo entero está del lado de la justicia. Le dice a aquellas personas que luchan por la justicia: “Ustedes no luchan solos, Dios lucha con ustedes”. Esta creencia que Dios está en el lado de la verdad y la justicia nos viene de una muy larga tradición de nuestra fe cristiana». Lo que dice al Dr. King es cierto: La iglesia debe trabajar para que se implante la justicia así como la vida y la esperanza.

Los cristianos nos acercamos a la tumba preparados para enterrar nuestra esperanza. Sin embargo, como las mujeres en el primer Domingo de Resurrección, podemos ser transformados por el Cristo resucitado y enterrar nuestra desesperanza. Vamos a dejar en la tumba vacía todas aquellas cosas que están vacías de esperanza: Odios, venganzas, violencia, miedos, discriminación, inseguridad, envidias. Levantémonos con los dones del Espíritu que nutren nuestra esperanza: Amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, generosidad, fidelidad, gentileza, y autocontrol. Vamos a cuidar y nutrir estos dones mejor que lo que hacíamos con nuestras desesperanzas. No perdamos la esperanza que la paz y la seguridad ya vienen. La libertad se acerca. La justicia llega.

Yo no soy profeta. No sé lo que el futuro depara para mi pueblo en Israel y Palestina. Pero mis respuestas las guía la Biblia que, a última instancia, es un libro de esperanza. Las historias bíblicas afirman mi fe, mi amor y mi esperanza. El profeta Isaías, que fue confrontado por el pueblo que se sentía oprimido y sin energías, les recordó que eran objeto de la fidelidad divina. Por ejemplo, en su libro se afirma: «No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a la memoria las cosas antiguas. He aquí yo hago cosa nueva; pronto saldrá la luz, ¿no la reconocéis? Otra vez abriré camino en el desierto y ríos en la tierra estéril» (Is 43.18-19).

Por esa razón, le recuerdo a mi pueblo y a nuestros vecinos que Dios nos ha preservado en estas tierras por los últimos 2000 años, y que continuará con nosotros en el futuro. Esa no es una esperanza hueca, porque nuestro Dios es un Dios de esperanza, fe y amor. Nuestro Dios es fiel. Él que levantó a Jesús de entre los muertos, es capaz de levantar nuestras esperanzas más rápido de lo que pensamos.

El 17 de mayo de 2009 nuestra Iglesia celebra tres eventos históricos significativos: 170 años de misión evangélica en la Tierra Santa, 50 años del establecimiento del Sínodo de Jordania y Tierra Santa, y 30 años de episcopado nacional. Cuando pienso cómo nuestra Iglesia ha visto y respondido a momentos de aflicción y problemas, y también a situaciones de gozo y celebración, veo que la historia de la Iglesia Evangélica Luterana en Jordania y Tierra Santa es una esencialmente una de esperanza. Dios trabaja en nosotros y a través de nosotros para ser testimonio del Cristo viviente. El Cristo resucitado usa esta humilde y pequeña Iglesia para hacer grandes cosas. Nos ha llamado a ser testigos y a proclamar el mensaje de la Resurrección para llevar esperanza en ambientes de desesperanza. He aprendido que la fuerza de la Iglesia no está en sus estadísticas, edificios o sus recursos económicos, sino en el testimonio de vida que brindan a la comunidad. Nuestro poder está en la habilidad de transmitir el mensaje de esperanza en una situación de desesperanza. Nuestro valor está en nuestra habilidad de llevar las buenas nuevas del evangelio que nuestro Dios es un Dios de amor y justicia, no solo para nuestro pueblo sino también para nuestros vecinos.

Por favor, oren para que el Señor resucitado continúe brindándonos el poder para proclamar las buenas nuevas y para trabajar por la justicia, la paz, la reconciliación y el perdón. Por favor, oren para que nuestra Iglesia continúe siendo un instrumento de paz, una que propicie la esperanza, una que afirme la justicia, y una que sirva como agente de la reconciliación.

En este tiempo cuando el temor es un factor que une a las personas, debemos ser la Iglesia que proclama el mensaje de la tumba vacía, el mensaje de la esperanza. Y debemos hacerlo no solo como el fin triunfante de la Semana Santa. Hagámoslo inclusive en los momentos oscuros del Viernes Santo. El mundo necesita esta esperanza hoy más que nunca. Testifiquemos de la esperanza de la resurrección a los dos pueblos, palestino e israelí, y a las tres religiones. Afirmemos que es posible para nuestros hijos e hijas vivir en paz. Es posible que nuestros hijos e hijas vivan juntos en una Jerusalén compartida. Mientras haya un Señor viviente, nuestra esperanza siempre revive. Por favor, oren por la paz con justicia en Jerusalén, y en todas las tierras que son llamadas Santas.

Así como el ángel envió a las mujeres a compartir las buenas nuevas de la resurrección, ese mismo ángel nos envía hoy a llevar el mensaje de la esperanza a una situación de desesperanza, a un mundo temeroso, y a una nación dividida. Llenos de esperanza, nosotros continuamos proclamando, con gritos de júbilo desde Jerusalén...

¡Cristo ha resucitado! Sí, ha resucitado, verdaderamente!

Al Masih Qam! Haqan Qam!

المسيح قام حقاً قام
وكل عام وأنتم وعائلاتكم بألف خير